

# LA PRIMERA "BOMBA ISLAMICA"

**KENIZE MOURAD**

**E**STALLARA dentro de seis o de dieciocho meses? No existe unanimidad entre los expertos. En lo que sí están todos de acuerdo, sin embargo, es en que la bomba atómica pakistani es ya prácticamente una realidad. Las autoridades de Islamabad siguen negándolo, aunque sin convicción.

Pero el general-presidente Zia Ul Haq declaró recientemente: "Nuestro programa nuclear está orientado totalmente hacia la producción de energía civil; ahora bien, si un día nos vemos obligados a emprender el camino de la bomba nuclear, no hay duda de que lo haremos".

Este proyecto lo concibió Pakistán en 1974, cuando su gran vecina, la India, hizo estallar su primera bomba, calificándola de "ingenio nuclear pacífico". El Pakistán se sintió entonces directamente amenazado. Tres años antes había perdido la mitad de su territorio en la lucha de independencia del Pakistán Oriental (convertido en el Bangla-Desh), lucha apoyada por el Ejército indio, equipado y animado por la Unión Soviética. E incluso había estado a punto de desaparecer del mapamundi cuando Nueva Delhi decidió dirigir todos sus golpes contra el Pakistán Occidental. Y sólo la salvó la intervención de Nixon, quien por primera vez utilizó entonces el teléfono rojo (ver las Memorias de Kissinger) y advirtió a Brezhnev de que los Estados Unidos consideraban ese ataque como un *casus belli*. India no tuvo más remedio que renunciar a la realización de su viejo sueño: "Devolver a 'mother India' ambos brazos": las dos provincias perdidas con la creación del Pakistán en 1947. Pero la India había aprendido la lección. Consciente de que ya sólo podría contar con sus propias fuerzas, decidió convertirse en potencia nuclear.

Esta opción entrañaría automáticamente una decisión paralela por parte de su hermano enemigo, el Pakistán. Pero una bomba cuesta cara, sobre todo

para un país tercermundista, que, si bien no es tan pobre como la India, tiene, sin embargo, subalimentada a buena parte de su población. Así que Ali Bhutto, Presidente del Pakistán por aquel entonces, tratará de buscar fondos. Sabe que nada puede esperar de los "grandes", que se oponen firmemente a la proliferación del arma atómica. Por el contrario, los países árabes podrían estar interesados en ayudarlo. El conflicto del Oriente Medio está en pleno apogeo. La semivictoria de 1973 ha reforzado la decisión árabe de recuperar los territorios ocupados. Mediante la negociación. Pero la negociación sería más convincente si pudiese agitarse el espantajo de la bomba atómica. Sobre todo, habida cuenta de que la propia Israel hace años que posee la bomba atómica gracias al uranio producido por la planta de enriquecimiento de Dimona, que Francia ayudó a construir en los años sesenta. Según los expertos militares, Israel fabrica cada año tres o cuatro bombas de varios kilotones, como la que destruyó Hiroshima, y se dice que actualmente posee una treintena de bombas de este tipo.

Bhutto se pondrá en contacto con los Jefes de Estado árabes. Sabe de sus deseos de disponer del arma atómica. Y si el Pakistán no tiene dinero, cuenta, en cambio, con un triunfo importante: es actualmente el único país musulmán capaz de fabricar la bomba. Este argumento parece impresionar al Jefe de Estado libio, coronel Gadhafi, que está dispuesto a pagar cualquier precio con tal de conseguir la potencia nuclear, así como a la Arabia Saudita, que es, desde 1974, entre los países árabes, el principal proveedor de ayuda al Pakistán.

Solucionado, pues, el problema financiero, falta encontrar el país que acepte vender a Islamabad la planta de retratamiento que permita producir el plutonio necesario para la fabricación de la bomba. Ese país será Francia, cuyo comercio exterior se com-

pone esencialmente de armas y de perfumes.

Los Estados Unidos manifiestan su disgusto. Más de una vez han protestado contra los riesgos de proliferación del arma nuclear. Esta vez emplean la amenaza. Kissinger viaja al Pakistán para advertir a Bhutto de que, caso de que su país persista en su proyecto, Washington está dispuesto a suspender toda ayuda económica. "No lo abandonaremos, responde Bhutto, aunque tengamos que alimentarnos de hierba". Al escuchar estas palabras, parece ser, según los intimos del ex Presidente del Pakistán, que Kissinger, encolerizado, declaró: "Le daremos una lección política de la que la Historia se acordará". Era agosto de 1976. Un año después, Bhutto sería depuesto a raíz de un golpe de Estado militar. Tras veinte años de calabozo y un simulacro de juicio, Bhutto moriría en la horca, lo que muchos han considerado un "asesinato político".

Mientras tanto, Washington conseguía persuadir a Giscard de que suspendiese el envío de la planta de retratamiento. Pero había que salvar las apariencias



y no dar la impresión de someterse a las presiones de USA. "Francia no rompió sus compromisos", reconoce un diplomático pakistani. Sólo comenzó a dar largas al asunto. Incluso llegó a proponernos otro procedimiento, pero ponerlo a punto habría exigido como mínimo una decena de años. Nosotros no insistimos".

Esta súbita indiferencia de los pakistaníes es tanto más extraña por cuanto no parecen guardar rencor a Francia por haberse en cierto modo vuelto atrás: Islamabad sigue siendo uno de sus más importantes clientes en materia de armamentos.

Lo que ocurre es que mientras tanto apareció el doctor Abdul Qader Khan, uno de los espías más sorprendentes de los tiempos modernos. El doctor Khan es un joven pakistani, ingeniero metalúrgico.

Estudió en Bélgica y en Holanda, antes de ser contratado en Amsterdam por un laboratorio de investigaciones que trabajaba para el consorcio de investigación atómica germano-británico-holandés URENCO. "Era un muchacho amable, recuerdan sus colegas. Estaba casado con una holandesa y soñaba con adquirir él mismo esa nacionalidad. No parecía interesarse en absoluto por la política". Aquel "muchacho amable" consiguió ganarse la confianza de sus jefes hasta el punto de ser elegido para realizar un trabajo en el centro atómico supersecreto de Almalo. Allí pasó diez días, durante los cuales pudo estudiar tranquilamente el procedimiento para enriquecer el uranio por centrifugación. (Es posible fabricar la bomba atómica a partir de uranio enriquecido, lo mismo que de plutonio.) Algún tiempo después, a finales de 1975, el doctor Khan dejaba la URENCO para regresar al Pakistán.

Durante los años siguientes, una serie de sociedades pakistani se dedicaron a adquirir material industrial en una quincena de países. A fin de desviar cualquier sospecha, se servirán con frecuencia de firmas extranjeras. Pero en julio de 1978, una sociedad británica, la Weargate, intenta exportar al Pakistán modificadores de frecuencia utilizados en las centrifugadoras. Un diputado laborista se entera del asunto y, preocupado, formula una pregunta en el Parlamento. Se abre una investigación y se sigue el hilo hasta dar con una dirección en Islamabad, la de un joven ingeniero metalúrgico, el doctor Khan. De golpe, todos los servicios secretos se ponen en pie de guerra. Poco a poco se van acoplado las piezas del rompe-



cabezas. Hay que rendirse a la triste evidencia: en cuatro años, el doctor Khan ha comprado suficiente material en todo el mundo como para poder construir la centrifugadora que permitirá al Pakistán enriquecer el uranio necesario para la fabricación de la bomba.

Pero un problema continúa sin resolverse: ¿de dónde procede el uranio natural? La respuesta llega de modo fortuito: gracias a un vulgar accidente de carretera. Hace tres meses, un camión que transporta veinte toneladas de uranio concentrado deja la estación minera de Arlit, en Níger, y desaparece entre la Naturaleza... Tras largas investigaciones, lo encuentran volcado en un foso, a ciento cincuenta kilómetros de la frontera libia. Vacío. Conclusión del SDECE: los libios robaron el uranio. Conclusión desmentida, sin embargo, tres días después por la Cogema (filial del Comisariado para la Energía Atómica) y por el propio Níger; la carga no había sido robada; se trataba de un simple accidente; el uranio estaba destinado a Libia, país al cual Níger ha vendido durante los últimos años doscientas cincuenta y ocho toneladas de ese metal, del mismo modo que ha vendido cuatrocientas toneladas al Pakistán.

Esta revelación es recibida con auténtico estupor en el extranjero. Según una investigación del "Canard Enchaîné", las minas de uranio de Níger, explotadas por un consorcio internacional, el SOMAIR, están controladas por los franceses, que poseen un 47 por 100 de las acciones, frente al 35 por 100 correspondientes a los nigerianos; mientras que Italia y Alemania poseen cada una un 6 por 100. La Cogema, cuyo director —también director financiero del CEA— es Jacques Giscard d'Estaing (primo hermano de Valéry), es la que proporciona los técnicos e ingenieros que explotan el uranio, y son también camiones franceses, pertenecientes —¡oh, ironía!— al grupo Rothschild, los que lo transportan a Libia y otros países. Francia no puede, pues, ignorar en ningún caso las ventas que sus socios del Níger realizan —legalmente, por otro lado, pues se trata de la parte que les corresponde por derecho de su producción minera— a países de los que se sabe que preparan la bomba.

Si, como parece verosímil, Libia, que no posee ninguna central nuclear, cede su uranio al Pakistán, este país tiene hoy con qué fabricar bastantes bombas, islámicas o no. ■ © TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur", 1980.

**E** L catastrofismo y el ánimo apocalíptico nos inundan todos los 31 de diciembre, por la mala costumbre del calendario de terminar y empezar otra vez, pero se hacen particularmente agudos, insistentes y ridículos cuando cambiamos de década, y ni qué decir, además, si nos toca cambiar de siglo. Es como si se pensara oscuramente que hay números mágicos, fuerzas subterráneas en los finales o si por el exorcismo de presagiar lo peor, se creyera que se lo ahuyenta. De esta manera, periódicos, revistas, libros, oráculos, adivinos, brujos más o menos patentados, locutores y hasta beneméritos ancianos se sienten en la obligación moral de advertirnos acerca de los riesgos que corremos en la década que se inicia, en el siglo que termina. No es una moda nueva, inventada por los medios de comunicación, como el travoltismo: los griegos auscultaban las entrañas de los animalés, consultaban a sus dioses, esperaban señales.

El Cid interpreta como augurio positivo la presencia de la corneja. Desde entonces, a los sufridos vivientes (que no hemos elegido ni la época, ni el país, ni la clase social, ni el trabajo, muchas veces, ni siquiera la casa en que vivimos) nos colman de presagios, a cada cambio de década, a cada fin de año. Y todas estas premoniciones parecen regirse por una misma generalización: todo tiempo pasado fue mejor. La consecuencia muchas veces subconsciente de este fenómeno es un revival decadente, de dudoso gusto, cuando no grotesco, y al que le falta hasta el excitante de la perversidad. Nos inundan con biografías de actores y actrices viejos, cuyas fotos de juventud parecen esos retratos de familia empolvados y amarillentos que ocupan las páginas de álbumes olvidados. Refugiarse en el pasado es una tendencia paralizadora, angustiosa y casi siempre mistificadora; un recurso emocional, no una fórmula de vida, sino de muerte. Un pasado, para colmo, que nadie puede afirmar racionalmente que haya sido, en efecto, mejor. ¿De qué se experimenta nostalgia? La Europa de la crisis del petróleo, o sea, la de nuestros días, ¿es acaso peor que la de 1914,

1939, es peor que la de hace dos siglos? Esto sin tomar en cuenta el ombliguismo europeo, centralista, aquel que podría expresarse bajo esta fórmula: cuando Europa tiembla es el mundo el que puede dejar de existir. Ni Europa ni Estados Unidos son el mundo, aunque formen parte de él, y una parte importante. En cuanto a la crisis, es hora de decir que el mundo ha estado siempre en crisis, como el hombre, y este no es un consuelo de tontos, sino una comprobación hasta cierto punto satisfactoria: la crisis es una filosofía, una forma de vivir, y no

de las peores. Frente a la indiferencia, al pasotismo colectivos, la crisis, con sus contradicciones, sus oscuridades e iluminaciones, es una prueba de vida. Sólo la muerte no está en crisis. Ni vivimos en el mejor de los mundos posibles, como quería hacernos creer el optimismo europeo del siglo XVIII, ni en el peor de los posibles, como le gusta proponer a una reacción decadente, nostálgica, paralizadora.

Los problemas, las contradicciones, el absurdo, están presentes, en 1980, como en 1950, 1810 y desde siempre. La vida es dinámica, produce conflictos, parece solucionar otros y el hombre tropieza con la misma piedra y una y otra vez, con esta pequeña precisión: nunca se trata, a ciencia cierta, del mismo hombre, ni siquiera, de la misma piedra, aunque lo parezcan.

Un peligro constante es el reduccionismo: el mundo es Europa, Europa es Europa Occidental, todo tiempo pasado fue mejor, la vida es la nuestra, los prójimos son los otros, los malos son los demás. Reducciones catastrofistas, simplificaciones y banalidades con las que podemos divagar sin consecuencias, convencidos de que el final del mundo sobrevendrá próximamente, por lo cual nada de lo que hagamos importa. ¿No será esto lo que pretende oscuramente toda esta seudofilosofía apocalíptica?

Noé metió una pareja de cada especie en el arca, y esperó a que parara de llover. Nosotros, en lugar de confeccionar un arconcito individual o colectivo (yo y mi familia: o sea, el mundo, reducción frecuente), intentaríamos que dejaran de llovernos las cosas que no nos interesa padecer. ■

# 1980

## DEL APOCALIPSIS QUE NO SOBREVENDRA

CRISTINA PERI ROSSI